

Sumario

El autor nos hace, en su artículo, un interesante recorrido pastoral por el camino que ha seguido la Iglesia de América Latina y el Caribe en estos últimos cincuenta años, tomando como base las cuatro grandes conferencias del Episcopado. De cada una de ellas examina el contexto, la realización misma de la Conferencia y los aportes más novedosos como respuesta a la situación de la época. El autor destaca, entre otras cosas, las siguientes: el ejercicio de la colegialidad episcopal que ilumina, desde la fe, el peregrinar del pueblo de Dios en nuestra región; la conformación de una Iglesia con una especial vitalidad profética que le da una identidad propia en el contexto de la Iglesia universal; el proyecto global de "nueva evangelización" que tiene como elementos constitutivos la promoción humana y la inculturación del Evangelio; y la importancia del CELAM como organismo que anima la reflexión, el diálogo, la comunión y la solidaridad en el continente.

El camino pastoral de la Iglesia en América Latina y El Caribe

Las Conferencias Generales del Episcopado

Alvaro Cadavid Duque

Licenciado en Filosofía. Licenciado en Teología Fundamental, Universidad Pontificia Gregoriana, Roma. Doctor en Teología, Universidad de Granada, España, 1996. Profesor de Teología, Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín. Docente del Itepal desde 1992.

Introducción

Fruto de la toma de conciencia de la profunda vivencia religiosa y de la riqueza cultural de nuestros pueblos, la Iglesia latinoamericana y caribeña comenzó, desde hace ya cincuenta años, a hacerse consciente de su propia identidad y de su ubicación e importancia dentro de la Iglesia. Durante todo este tiempo, ella ha estado diciendo una palabra propia y ha ido trazando, a través de las cuatro Conferencias Generales de su Episcopado, un camino pastoral tan rico y novedoso, que su presencia es ya inconfundible en el concierto de la ya dos veces milenaria Iglesia universal.

Esta toma de conciencia de su identidad se fue dando paulatinamente a través del tiempo. Algunos elementos de su historia así lo demuestran:

En 1545, a cincuenta y tres años del descubrimiento de América, se celebraba en la Iglesia universal el concilio de Trento. En América Latina se realizaron luego algunos concilios que, de alguna manera, se preocuparon por hacer conocer a Trento en nuestro continente, entre los que se destacan: el tercer Concilio Limense, efectuado en 1582, bajo la figura de Toribio de Mogrovejo, y el tercer Concilio Mejicano llevado a cabo en 1585. Pero ninguna de estas reuniones alcanzó a expresar la identidad de nuestra Iglesia.

Más tarde, el Papa León XIII reunía, del 23 de mayo al 9 de junio de 1899, en Roma, a algunos obispos de la región para el I Concilio plenario de América Latina. Con esta reunión quería el Papa reorganizar y vitalizar la Iglesia, y responder a la difícil cuestión de la progresiva protestantización de nuestro continente. Se ha llegado a afirmar que el Concilio Plenario constituyó “la primer gran tentativa de integración de la Iglesia en el Continente” y que “fue, por así decir, el punto

de partida de la edad pastoral adulta de la Iglesia latinoamericana”¹. En efecto, bien se puede afirmar que el Concilio Plenario es el antecedente más importante de las conferencias generales del episcopado latinoamericano.

Fue el sucesor de León XIII, el Papa Pío XII, quien, con su gran altura intelectual y su profunda intuición pastoral, vislumbró desde 1945, como lo expresa en su mensaje de Navidad de aquel año, el papel que jugarían estas jóvenes iglesias y cómo Europa podría dejar de ser el centro y protagonista del mundo para entregar su lugar a otros centros eclesiales más vivos y dinámicos que, en aquel entonces, aparecían en la periferia del centro europeo.

Decía el Papa, en ese mensaje navideño, respecto a la Iglesia:

“Muchos países, en otros continentes, han rebasado hace no poco tiempo la etapa misionera de su organización eclesiástica; son gobernados por una jerarquía propia y dan a toda la iglesia los bienes espirituales y materiales, mientras antes únicamente los recibían. ¿Este progreso y este enriquecimiento de vida sobrenatural, e incluso social, de la humanidad, no revelan el verdadero sentido de la supranacionalidad de la Iglesia? (...). Como Cristo lo fue en medio de los hombres, la Iglesia, en la que Cristo continúa viviendo, se encuentra en medio de los pueblos”.

El Papa Pío XII comienza a ver hecha realidad su intuición cuando, del 25 de julio al 4 de agosto de 1955, se reunió en Río de Janeiro, Brasil, la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Es de aquí de donde va a surgir un movimiento nuevo y pujante que va a enriquecer, tanto a la Iglesia del Continente como a la Iglesia universal. Es el momento en que nacen las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano.

¹ Estas son las palabras del hoy cardenal Oscar Andrés Rodríguez Madariaga, cuando era presidente del CELAM: “Quel Concilio fu, in effetti, il primo grande tentativo di integrazione della Chiesa nel Continente. Fu, per così dire, il punto di partenza dell’età pastorale adulta della Chiesa latinoamericana”, Oscar A. RODRÍGUEZ MADARIAGA, Presentazione, en: *Enchiridion. Documenti della Chiesa Latinoamericana* [a cura di P. Piersandro VANZAN] Bologna 1995.

Desde que los obispos comenzaron a reunirse, aunque tímidamente al principio, se fue dando una progresiva toma de conciencia de que los problemas y anhelos de cada diócesis y región no eran situaciones particulares y aisladas, sino que, más bien, eran cuestiones y anhelos comunes de todo el pueblo de Dios que caminaba en el Continente. Se empezó, entonces, a *latinoamericanizar* todo un conjunto de situaciones y realidades que se vivían en una y otra parte de nuestra amplia geografía. Era evidente que esa común identidad de realidades, problemas y anhelos, estaba exigiendo análisis y respuestas pastorales igualmente comunes.

Es esa *latinoamericanización* la que permitió iniciar un camino pastoral que hasta hoy continúa y que ha dado ricos frutos de cara al crecimiento de la Iglesia que peregrina en esta parte del mundo. Es un camino que ha tenido sus momentos privilegiados en los acontecimientos que hemos llamado “Río de Janeiro”, “Medellín”, “Puebla”, “Santo Domingo” y en los documentos emanados de los mismos. En éstos se recogen las inquietudes y las esperanzas del pueblo de Dios, se descubren los horizontes de comprensión de los problemas, y se encuentran los caminos de acción que se han ido delineando en estos últimos cincuenta años de quehacer pastoral. Es tal la importancia de estos acontecimientos y documentos que podemos afirmar la imposibilidad de entender el peregrinar de los cristianos en América Latina sin la obligada referencia a ellos.

Los obispos latinoamericanos y caribeños han tenido un corazón sensible para escuchar y asumir las voces de nuestro pueblo. Ellos han sabido interpretar su fe y hacerse eco de sus esperanzas. De esta manera, el Episcopado ha simbolizado y traducido la vida de toda la Iglesia en América Latina. Aquí radica uno de los fundamentos de la reflexión y enseñanza pastoral de nuestros obispos. Ella ha sido fruto de la profunda sensibilidad de nuestros pastores por las condiciones de vida del pueblo y del peregrinar de la Iglesia en el Continente.



I. La Conferencia de Río de Janeiro

El contexto

Desde la época de las difíciles luchas de “emancipación” de nuestras naciones latinoamericanas del yugo español, en el siglo XIX, se soñó siempre con las inmensas posibilidades de una América Latina unida, la “Patria Grande”, que llamaba Simón Bolívar, pero la unión y consolidación de las nuevas naciones, que luego cayeron bajo la hegemonía inglesa, se hizo una tarea ardua. Ha sido este un sueño hasta hoy irrealizado, pero en el cual se tiene puesta la mira desde hace ya medio siglo, tanto por parte de nuestras naciones como de la Iglesia del Continente.

Hacia el año 1945, fin de la segunda guerra mundial, Estados Unidos, que jugaba un papel preponderante como vehículo unificador continental, se convierte en potencia mundial, y América Latina pasa a un segundo plano en los intereses de la nueva superpotencia. Comienza la llamada guerra fría, que tendrá consecuencias importantes para nuestros países. En este momento empezaban, también, nuestras naciones a luchar por su industrialización, lucha que se realizaba bajo el modelo economicista, vigente en ese momento. Aparecían, al mismo tiempo, deseos de una mayor integración continental, que facilitara el intercambio y unas relaciones más fluidas entre los diversos países. Por esta misma época, entre la gente sencilla del pueblo, se iban manifestando los primeros brotes de una mayor conciencia de la dignidad humana y el rechazo de todo tipo de dependencia que, en países como Argentina y Brasil, provocaba ideales grandes de liberación.

A nivel eclesial, se estaba bajo el pontificado de Pío XII, caracterizado por una labor de ribetes profundamente universalistas. Había en nuestro continente escasez de sacerdotes, lo que dificultaba que la Iglesia creciera sin la ayuda de misioneros, como lo deseaba el Papa en su Encíclica *Evangelii Praecones* de 1951. Dicha escasez preocupaba al Papa, por lo que invitaba a las iglesias europeas a enviar sacerdotes a América Latina, como en efecto sucedió. En ese mismo año comenzaban a expandirse por América Latina las organizaciones internacionales católicas, sobre todo, la Acción Católica en sus formas especializadas. Se atendía, de manera especial, al mundo obrero y al sindicalismo.



Pululaban grupos, reuniones y congresos, en una y otra parte, que iban creando un clima de *latinoamericanización* de las vivencias propias de cada país.

La población Latinoamericana crecía a un ritmo acelerado, y la acción de los misioneros protestantes, en medio de esta creciente población, era cada vez mayor. Junto a este problema, se sentía como una amenaza la presencia en los distintos países de América Latina de un buen número de marxistas, que antes habían ejercido un anticlericalismo notable al lado de los ilustrados del siglo XIX. Ahora no tenían mucha influencia, pero ahí estaban.

En este contexto, brevemente descrito, se convocará la Conferencia de Río de Janeiro.

La Conferencia y sus aportes

El primer Concilio Latinoamericano de 1899 había sugerido que los Episcopados de cada país se reunieran periódicamente en conferencias episcopales. Muchos países trataron de hacerlo, pero fue algo esporádico debido a la inexistencia de estructuras que facilitarían la continuidad. La Iglesia del Brasil, en 1952, creó su Conferencia Episcopal con un secretariado permanente, el cual va a facilitar la continuidad y las estructuras de servicio, en forma permanente, más allá del ámbito diocesano². Fue nombrado primer secretario de dicha Conferencia Monseñor Hélder Cámara, a quien correspondió la tarea de organizar la I Conferencia general del Episcopado Latinoamericano en 1955.

En el proceso de preparación fue interesante el envío de cuestionarios para que los obispos respondieran y presentaran una visión de la realidad de América Latina.

La reunión, a la cual asistieron 96 obispos, se desarrolló del 25 de julio al 4 de agosto. Su tema central fue la escasez del clero, las vocaciones y la formación de los seminaristas. También se abordaron los

² Las primeras Conferencias Episcopales que se crearon fueron las de Colombia en 1908 y la de México.



temas relacionados con el apostolado social, los indígenas, las inmigraciones y la juventud. El texto final contiene 97 numerales.

Existió también en Río la preocupación por defender y formar mejor en la fe al pueblo, así como también, un deseo de colaborar en la solución de los problemas sociales del momento. Para defender y contribuir a la solidez de la fe, se recomendó la lectura de la Biblia y el fomento de ediciones populares, la celebración del día nacional de la Biblia y la organización de cursos bíblicos. De cara a contribuir en la solución de los problemas sociales, de los cuales se empezaba a tomar conciencia, se preocupó la Conferencia por la defensa de los indígenas y se recomendó prioritariamente la promoción y formación de agentes, con énfasis en los sacerdotes y religiosos, pero sin descartar a los laicos como colaboradores de la misión. Se insinuó también, en esa reunión, la cuestión referente a la integración interna de las Iglesias Latinoamericanas.

Se decidió, además, en esa Conferencia, la creación del Consejo Episcopal Latinoamericano -CELAM-, con el objetivo de estudiar los problemas que interesan a la Iglesia en América Latina, coordinar actividades y preparar nuevas conferencias del Episcopado latinoamericano. Se ha considerado la creación de este organismo como el principal aporte de la conferencia de Río.

II. La Conferencia de Medellín

El contexto

Inicialmente se propuso instalar el CELAM en Roma, pero la Santa Sede quiso que fuera en América Latina. De esta manera Pío XII salió adelante en su proyecto de fortalecer las iglesias de los continentes y, en este caso, la de América Latina. En ese momento (1956-1959) se crean la mayoría de las conferencias episcopales de cada país, con el apoyo y la animación decidida del CELAM. En 1958 se fundan también la CLAR y la OSLAM.

Pío XII apoya firmemente al CELAM y lo mismo hace su sucesor, a partir de 1958, el Papa Juan XXIII. La idea que subyace a todo este



movimiento en torno a América Latina es, como ya se decía, la de darle una perspectiva continental, de conjunto, a las diversas problemáticas de cada país, que en el fondo repercutían en todo el continente. Así se *latinoamericanizaban* las situaciones y las visiones. El Papa Juan XXIII a los tres años de fundado el CELAM, en su tercera asamblea celebrada en Roma en noviembre de 1958, alentaba a este organismo para que tuviera una clara visión de conjunto de la realidad y se elaborara un plan de acción que se realizaría con la colaboración de todas aquellas personas de buena voluntad.

En el lustro del 55 al 60 irrumpe en América Latina la cuestión del «desarrollo» como perspectiva de solución a sus crecientes problemas. Esta perspectiva estaba apoyada por la Comisión Económica para América Latina-CEPAL, dependiente de la Organización de las Naciones Unidas-ONU.

En los análisis de la situación se descubría que, dentro de una perspectiva económica, la relación centro-periferia ocasionaba un intercambio desfavorable para América Latina. Se esbozó entonces la teoría del desarrollo económico latinoamericano, centrada en la industrialización. Pero lentamente la CEPAL fue ampliando su horizonte de comprensión del problema y vio claro que lo económico se hacía impenetrable sin asumir la cuestión social, que se presentaba como un obstáculo al desarrollo. En aquel momento se hicieron investigaciones sociológicas de alto nivel acerca de la problemática latinoamericana, a partir de las mismas se llegó a la conclusión de la necesidad de una profunda reforma social en el Continente.

En el año 1958, después de la muerte de Pio XII, se eligió como pontífice al Papa Juan XXIII, quien se encontró, al interior de la Iglesia, con una mentalidad ya desfasada de cara al hombre y al mundo moderno. El 25 de enero de 1959 anunció la celebración de un Concilio Ecuménico, y en 1960 apareció su encíclica *Mater et Magistra*, que alcanzó un reconocimiento mundial. En ella, la Iglesia asumía toda la problemática del tercer mundo.

Antes de continuar adelante, es importante poner de relieve las profundas intuiciones evangélicas y pastorales del Papa Juan XXIII, pues sin ellas sería imposible entender el desarrollo posterior de la

Iglesia, tanto a nivel universal como latinoamericano. El Papa encontró una Iglesia, quizás, marcadamente jerárquica y autoritaria, con una pesada carga de juridicismo, disciplina y clericalismo, que tal vez la había llevado a centrarse bastante en sí misma y en la tarea de su autoperfeccionamiento, en competencia con las estructuras mundanas, olvidándose un poco del encargo misionero que le encomendó su fundador. Parecía que ya la Iglesia no respondía con suficiencia a las exigencias de la nueva mentalidad que se venía gestando desde hacía casi tres siglos en el mundo europeo y que defendía un humanismo con connotaciones antropocéntricas, resaltando valores como la autonomía, la libertad, la igualdad, la fraternidad, la democracia y la promoción de los derechos humanos. Como respuesta a ese mundo, así planteado, el Papa soñaba, como de alguna manera lo expresara en el discurso inaugural del Concilio, con una Iglesia más humilde, más de los pobres, más servidora, más misionera y con mayor capacidad de diálogo con los hombres, cualquiera fuera su condición y creencia.

El 11 de octubre de 1962 se celebraba en Roma la apertura del Concilio, que se clausuraría tres años más tarde, el 8 de diciembre de 1965. Era la primera vez en la Iglesia que un concilio no tenía por objetivo defender la fe o formular su doctrina ante algún ataque o amenaza interna o externa. El Vaticano II quería ser un concilio dedicado a la reflexión de la Iglesia sobre sí misma y su misión, con miras a su renovación y *aggiornamento* de cara al mundo.

El resultado del Concilio fue, por una parte, la renovación del ser de la Iglesia, concebida ahora principalmente como pueblo de Dios, misterio de comunión, signo e instrumento de salvación universal. Y, por otra parte, la instauración del perdido diálogo con el mundo y con el hombre, que se había cerrado, como ya se señaló, desde el comienzo de la llamada Modernidad; diálogo que significaba el rompimiento con la cristiandad y la apertura concreta al mundo cultural de los hombres de cada época y región.

A partir del Concilio todo aparece marcado en la Iglesia por un espíritu grande de novedad. Se puede hablar, siguiendo sus mismos documentos, de una nueva eclesiología, de una nueva comprensión de la revelación, de una nueva percepción del hombre, de una nueva manera de celebrar la fe, de una nueva manera de entender a los bautizados,

devolviéndoles su protagonismo ministerial, de una nueva manera de realizar la actividad misionera, de una nueva manera de relacionarse con otras Iglesias y religiones, de una nueva manera de educar en la fe, de una nueva actitud frente a los medios de comunicación social.

Pablo VI continúa el proceso de renovación eclesial puesto en marcha por el Concilio. Tres documentos estaban orientados en ese sentido: *Eclesiam Suam* (1964), *Populorum Progressio* (1967), y *Octogesima Adveniens* (1971). En el primero, proclamaba el Papa, la necesidad del diálogo permanente con el mundo; en el segundo, afrontaba la tensión desarrollo-subdesarrollo, urgiendo transformaciones profundas en el orden económico internacional para atender a las solicitudes de los países pobres y, al interior de la Iglesia, solicitaba una mayor profundización de la conciencia eclesial. Finalmente, en el tercer documento, llamaba la atención sobre el compromiso socio-político de los cristianos.

A mediados de la década de los años sesenta la situación social se tornó muy difícil para América Latina. La pobreza alcanzaba niveles insospechados, la violencia arreciaba, los regímenes militares se sucedían uno tras otro. Fracasaba la Alianza para el Progreso, las teorías desarrollistas caducaban, y comenzaba a abrirse paso la teoría de la dependencia, a la cual se adherían la mayoría de intelectuales y universitarios. Muchos de ellos se entregaron a las luchas, aún armadas, por la liberación. A todos los niveles, se hacían reuniones, encuentros y congresos. La concientización de la situación iba llegando al pueblo mismo. Se realizaban reuniones de sociólogos y teólogos que trataban de interpretar aquella situación con ojos nuevos, aquellos ojos que había otorgado el concilio Vaticano II.

Tenía América Latina, en aquel momento, 268 millones de habitantes. El 60% de sus países estaba gobernado por dictaduras. El crecimiento económico era de 6 US/año por habitante, mientras que en Europa era de 60 y en Estados Unidos de 150. Había 150 millones de latinoamericanos subalimentados, 50 millones de analfabetos adultos y 15 millones de familias sin techo.

A nivel eclesial, nuestros pastores y algunos bautizados más comprometidos, iban tomando conciencia, cada vez más clara, de esta si-

tuación y de la urgencia del compromiso socio-político de los cristianos como forma de poner en práctica las recomendaciones conciliares en nuestro Continente. Alentaban nuestros obispos, sobre todo aquellos que habían participado en el Concilio o se habían dejado impresionar por él, todo aquello que pudiera provocar cambios, tanto a nivel intraeclesial, como en la sociedad. Se hacen esfuerzos por renovar la liturgia, por dar mayor participación al pueblo de Dios en la toma de decisiones y en la elaboración de nuevas ideas pastorales, a la vez que ella, la Iglesia, a través de sus pastores, realizaba gestos proféticos, publicaba valiosos documentos y, a nivel social, solicitaba la reforma agraria, a la vez que apoyaba la organización de los trabajadores y el reclamo de sus justos derechos.

Por esta época celebraba el CELAM su X Asamblea, en este caso extraordinaria, en Mar del Plata, Argentina, en 1966, cuyo tema fue: «La presencia activa de la Iglesia en el desarrollo y en la integración de América Latina». Se pretendía, en aquella reunión, hacer una reflexión teológica sobre el desarrollo, en la línea sugerida por *Gaudium et Spes* y bajo su método (ver- juzgar- actuar). Este modo de reflexión va a provocar, unos pocos años más tarde y junto a otros elementos, el comienzo de un viraje en el estilo tradicional de hacer teología en nuestro Continente. Ella quiere hacerse ahora, de una manera dinámica y práxica, en permanente diálogo con la realidad, elemento éste, novedoso en el concierto de la teología universal.

A propósito del tema del desarrollo, parecía que ya nada podía decirse, pues se consideraba una temática ya agotada, sin embargo, el Papa Pablo VI publicó en 1967, como se mencionaba más arriba, su encíclica *Populorum Progressio*, reasumiendo la temática, documento éste, que va tener una especial resonancia en la Conferencia de Medellín.

Sólo resta mencionar un elemento distintivo de aquel momento histórico: la fuerte ola de secularismo que invadió a la Iglesia, como fruto de una mala interpretación de la *Gaudium et Spes*. Secularismo, distinto a una sana secularización, que trajo graves consecuencias para la Iglesia universal, alcanzando a afectar también a la Iglesia en América Latina. Bajo su influjo se llegó a afirmar que, nuestros pueblos, siendo bastante religiosos, no poseían una verdadera fe.

La Conferencia

Al final del Concilio, Monseñor Larraín, Obispo de Talca (Chile) y presidente en ese momento del CELAM, solicitó al Papa convocar una segunda Conferencia general del Episcopado Latinoamericano para la aplicación del Concilio en América Latina. En el año 1966 el CELAM la propuso oficialmente al Papa, quien la convocó en la ciudad de Medellín, Colombia, del 26 de agosto al 6 de septiembre de 1968 con el tema: “*La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*”. Participaron: 145 obispos, 70 sacerdotes y religiosos, 6 religiosas, 19 laicos y 9 observadores no católicos, para un total de 249 participantes.

De la Conferencia salieron 16 documentos agrupados en tres núcleos:

- Promoción Humana: Justicia, Paz, Familia y Demografía, Educación, Juventud.
- Evangelización y crecimiento en la fe: Pastoral popular, Pastoral de elites, Catequesis, Liturgia.
- Estructuras de la Iglesia: Movimientos de Laicos, Sacerdotes, Religiosos, Formación del clero, Pobreza de la Iglesia, Pastoral de conjunto, Medios de Comunicación Social.

Se delinearon tres grandes opciones: el hombre –privilegiadamente el más pobre-, la liberación integral, y las comunidades de base.

La metodología usada en cada uno de los documentos fue la que ya se había esbozado en la *Gaudium et Spes*: Ver, Juzgar y actuar. Se parte de la realidad, se reflexiona sobre ella a la luz de la fe y, se proponen, luego, líneas de acción.

Los aportes de Medellín

La Conferencia de Medellín, como lo expresa el título de su temática: “*La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*”, se trazó como objetivo, aplicar las directrices emanadas por el Concilio al continente latinoamericano.

Hay que señalar, en primer lugar, que Medellín no se limitó a repetir o aplicar el Concilio, sino que, más bien, desarrolló de una manera activa y creativa las temáticas del Vaticano II y, sobre todo, las recibió y asimiló desde la realidad propia del continente latinoamericano y caribeño, acogiendo de esta manera no sólo la letra sino el mismo espíritu conciliar. Si el Concilio quería abrirse y dialogar con el mundo moderno, detectando los signos de los tiempos de ese entonces, de igual manera Medellín logró estar atenta a los signos de los tiempos propios de la América Latina y el Caribe de ese entonces³. El resultado fue un documento –con 16 documentos en su interior– de un talante profético sin igual.

En el contexto de la lectura de los signos de los tiempos aparece una de las mayores originalidades teológico-pastorales de Medellín: el esfuerzo por identificar y concretar dichos signos en la realidad del Continente y leer en ellos la presencia interpelante de Dios. Los obispos encontraron en los pobres los protagonistas más significativos y el “hecho mayor” de la vida y de la historia en el Continente⁴. Los pobres constituyen un novedoso y denso hecho, que habla de Dios de tal modo, que ellos se convierten en sacramento de su presencia⁵ y, por tanto, en un auténtico “lugar teológico”.

En Medellín la Iglesia latinoamericana y caribeña comenzó a tomar conciencia de que el más grande desafío para su misión evangelizadora era, precisamente, esa injusta y degradante pobreza en la que viven millones de personas en el Continente, lo cual no significa que otros desafíos no sean importantes y fundamentales, pero es innegable que esa preocupación ha sido primordial y constante en la

³ La referencia a los signos de los tiempos se hace en Medellín en todo el documento, pero explícitamente en, Laicos 13, Pastoral de élites 13, Catequesis 12, Introducción 4, Formación del clero 10 y 26.

⁴ Cf. Medellín, *Pobreza 7; Laicos 2*.

⁵ En muchos textos, Medellín es explícito en considerar a los pobres como signo de los tiempos en sentido teológico, pues se considera que a través de ellos Dios habla: Dios acoge el clamor y aspiraciones de los pobres, que sube hasta el cielo (Cf. Medellín, *Justicia 1*); es un evidente “signo del espíritu” el anhelo de emancipación, liberación e integración (Cf. Medellín, *Introducción 4*); los cristianos presienten “la presencia de Dios” en el “signo y exigencia” que constituyen los intentos de transformación total y de liberación integral de los pobres (Cf. Medellín, *Introducción 5*).

reflexión de nuestros pastores, dando así, a través de ella, relevancia y mordiente histórica a la Iglesia continental.

La anterior es la razón por la cual esta Conferencia quiso hacer, en primer lugar, una opción por el hombre y, dentro de esta opción, puso la mirada, de manera especial, en los pobres que conforman las mayorías del Continente. En Medellín se quiere promover y construir al hombre íntegro e integralmente, especialmente a los más pobres, y se comienza a concebir esta promoción como una tarea no meramente sociológica e inmanente, sino como todo un quehacer teológico. Es éste el escenario en el que Medellín intuye proféticamente que el compromiso con la justicia social y la promoción humana es una dimensión que está muy íntima y profundamente unida a la tarea evangelizadora, razón por la cual la Iglesia se compromete con la tarea de la evangelización con el fin de lograr una sociedad más justa y fraterna⁶. De esta manera, en la Conferencia de Medellín, el concepto de evangelización se enriquece, al insertar dentro de él la promoción humana⁷.

En la conferencia de Medellín también se comienzan a intuir ricas e inéditas expresiones teológicas, espirituales y pastorales, entre las que se destacan, sobre todo, dos de ellas: la visión nueva y dinámica que se logra tener de Dios⁸ del hombre y del mundo⁹, y la concepción unitaria de la historia, en la que la historia humana y la historia de la salvación, sin confundirse, aparecen estrechamente unidas¹⁰. Estos dos elementos enriquecen profundamente las reflexiones y las recomendaciones pastorales que se hacen en cada uno de los documentos.

A nivel de la renovación intraeclesial, Medellín asume la eclesiología de Pueblo de Dios, Comunión y Sacramento, propuesta por el Concilio. Las Comunidades Eclesiales de Base constituyeron para

⁶ Así lo reconocía el documento de Puebla, refiriéndose a Medellín. Cf. DP 12.

⁷ Cf. Medellín, *Justicia* 3-5.

⁸ Cf. Medellín, *Justicia* 3, 5; *Liturgia* 2.

⁹ Cf. Medellín, *Movimientos de Laicos* 8, 9, 12; SD 252.

¹⁰ Cf. Medellín, *Catequesis* 4, 6, 15. Medellín, *Introducción* 4 y 5; Medellín, *Pastoral de élites* 13.

esta Conferencia un modo privilegiado de hacer realidad la eclesiología conciliar. En este sentido las Comunidades eclesiales de Base no querían ser una mera metodología eclesial, sino la Iglesia misma en marcha¹¹. Se quiere presentar también en Medellín el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal, audazmente comprometida con la liberación de todo el hombre y de todos los hombres, con una autoridad con carácter de servicio y exenta de cualquier autoritarismo¹².

Es de destacar la notable importancia que Medellín le da a los laicos y sus movimientos dentro del proceso de renovación eclesial, ya que ellos, por su misión propia, pueden actuar en la transformación del mundo, a la vez que están llamados a participar muy directa y comprometidamente en la actividad pastoral de la Iglesia, tanto en su interior como de cara al mundo¹³.

Es importante señalar que la expresión “Nueva Evangelización” es originaria de la Conferencia de Medellín. Aparece la expresión cuando, al referirse el documento conclusivo de esta Conferencia a los compromisos de la Iglesia latinoamericana, afirma que ella debe: “Alentar una Nueva Evangelización y catequesis intensiva que lleguen a las elites y a las masas para lograr una fe lúcida y comprometida”¹⁴. Pero más allá del uso de la expresión, lo realmente importante es que en Medellín se empezaba algo nuevo a nivel de la evangelización en el Continente. Se trata del inicio de un proceso de renovación eclesial y de una nueva etapa en la evangelización, como respuesta a los signos de los tiempos encontrados por la Conferencia¹⁵.

¹¹ Cf. Medellín, *Pastoral de Conjunto* 10-12.

¹² Cf. Medellín, *Juventud* 15; *Pobreza* 11-18.

¹³ Cf. Medellín, Movimientos de laicos 1-20; *Justicia* 23.

¹⁴ *Mensaje a los pueblos de América Latina*, en CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo*, Santafé de Bogotá 1994, 91.

¹⁵ Así lo va a certificar el Documento de Puebla (Cf. DP 11 y 12).

III. LA Conferencia de Puebla

El Contexto

A partir de 1968 la situación socio-política del continente empeora. La brecha entre ricos y pobres se hacía más honda. Proliferaban los regímenes militares y los modelos económicos que acentuaban la situación de miseria y dependencia. Aumentaba la violación de los derechos humanos, dando comienzo a toda una época de persecución y violencia de todo tipo. Cualquier solidaridad con los pobres era causa de persecución y hasta de muerte. Muchos cristianos fueron tildados como comunistas por sus opciones en favor de los pobres.

Surgieron movimientos laicales, y aún sacerdotales, cada vez más comprometidos en el campo socio-político, que hicieron, muchas veces, opciones explícitas por el socialismo, el marxismo, y hasta por la guerrilla, fruto de una inadecuada lectura del documento conclusivo de Medellín.

En este mismo escenario apareció la llamada “teología de la liberación”, que se preguntaba sobre la manera de ser cristiano en un continente de mayorías pobres y oprimidas. Eran tres sus presupuestos básicos: la opción por los pobres, la unidad de la historia, y el primado de la praxis. El emparentamiento de alguna de las versiones de esta teología con el marxismo, como instrumento de análisis de la realidad, generó una polémica eclesial y una lucha ideológica sin precedentes en la Iglesia Latinoamericana. Una pregunta acosaba la reflexión y la discusión: ¿Es posible la simbiosis entre cristianismo y marxismo?¹⁶.

En la década del 68 al 78 la reflexión Episcopal produce, en los diversos países, interesantes escritos en la línea del Documento de Medellín: análisis de la realidad, compromiso eclesial con la liberación integral, denuncia de toda situación injusta.

¹⁶ Años más tarde, fueron decisivas para la depuración y clarificación de algunos aspectos de esta teología, las dos intervenciones de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe: *Libertatis nuntius* del 6 de agosto de 1984 y *Libertatis conscientia* del 22 de marzo de 1986.

A nivel de la práctica eclesial misma se generan ricas experiencias, entre las cuales sobresalen: la creación de un buen número de Comunidades Eclesiales de Base, la formación de laicos para atender áreas especializadas de la pastoral, los ensayos de una pastoral educativa liberadora y de una catequesis en esta misma línea, la mayor planificación pastoral con experiencias muy concretas de pastoral de conjunto, al interior de las diócesis y entre diversas diócesis, y la revitalización del compromiso socio-político de muchos laicos. Todo este dinamismo eclesial tuvo su origen en las enseñanzas de nuestros Pastores representadas en el documento de Medellín.

Mientras tanto, a nivel de la Iglesia universal, se realizaban dos importantes sínodos: el del año 1971, sobre el sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo, en el que el Episcopado Latinoamericano intervino incorporando el tema de la liberación, y el del año 1974, sobre la Evangelización en el mundo de hoy, cuyo resultado fue esa obra maestra del Pontificado de Pablo VI llamada *Evangelii Nuntiandi*, en donde se superaba la falsa alternativa entre evangelización y promoción humana, anudando de manera íntima evangelización y liberación, a la vez que se introducía el tema de la religiosidad popular en el amplio marco de la evangelización de la cultura, temas éstos muy propios de nuestro Continente. Significativamente notorio fue el influjo de este documento en la reflexión Episcopal Latinoamericana, en los años inmediatamente posteriores y en la misma Conferencia de Puebla.

En el año 1976, en la Asamblea ordinaria del CELAM, en Puerto Rico, se proponía al Papa la realización de una tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana, para realizarse en 1978, a los diez años de Medellín.

Comenzó, entonces, una etapa de preparación y de consultas como nunca antes se había hecho en la Iglesia Latinoamericana. Paralelamente a las consultas, y provocada por los documentos preparatorios, se empezaba una ardua y difícil polémica entre quienes pensaban que el mayor problema de América Latina era la secularización, que minaba la fe del pueblo, y otros que consideraban la pobreza como el mayor mal de nuestro Continente. Dicha polémica suscitó reflexiones de gran calibre teológico en el Continente. Cabe anotar, que el CELAM, y las directivas de aquel entonces, jugaron un papel decisivo en la

clarificación de las temáticas y opciones pastorales que estaban en juego en aquel momento.

Dadas las difíciles circunstancias originadas por la compleja situación del Continente no era fácil mantenerse dentro de la ortodoxia a nivel doctrinal ni dentro de la ortopraxis a nivel de las exigencias sociales de la fe. En este sentido, los obispos del Continente fueron claros en denunciar lo que se consideraba una parcialización y un reduccionismo en la interpretación del documento de Medellín, así como una cierta fusión entre cristianismo y marxismo, que se daba tanto en la interpretación de la realidad como en la praxis misma¹⁷. Se decía, entre otras cosas, que el Reino y la liberación habían sido entendidos como algo puramente terrenal y que la opción por los pobres se había comprendido como algo meramente político, por parte de algunos. Estos hechos, sumados a otros, fueron revelando diversas concepciones teológico-pastorales y distintas posturas socio-políticas. Parecía que nadie podía sustraerse a una toma de posición definida ante la realidad y la interpretación de la misma en el Continente.

La Conferencia

Se realizó del 27 de enero al 12 de febrero de 1979 en Puebla de los Ángeles-México. El Papa Juan Pablo II se hizo personalmente presente en la inauguración, ofreciendo las primicias de su pontificado. Hubo 356 participantes y su tema fue: *“El presente y el futuro de la Evangelización en América Latina”*.

El documento emanado de la Conferencia tiene 5 partes, 14 capítulos y 1.310 numerales.

Primera parte: Análisis pastoral de la Realidad

Segunda parte: Respuesta de la Iglesia - la Evangelización

¹⁷ Importante papel jugó el CELAM, a través del secretario general de ese entonces, el hoy Cardenal Alfonso López Trujillo, en la tarea de denunciar las interpretaciones ideologizadas y reduccionistas del documento de Medellín y de mostrar las graves consecuencias que tales interpretaciones acarrearán para la fe, la teología y la práctica pastoral en el Continente. A este respecto es interesante ver: *Liberación. Reflexiones en el CELAM*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1977.

Tercera y Cuarta parte: La aplicación pastoral para América Latina.
Quinta parte: Opciones pastorales.

Puebla partió del análisis de la realidad y se iluminó ésta con la reflexión sobre las tres verdades, contenido de la evangelización: la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre. La vivencia de esta triple realidad lleva a la acción: la Evangelización de la Cultura con una triple incidencia: en la religiosidad popular, en la liberación y promoción humana, y en las ideologías y la política. Dicha evangelización requiere agentes y medios: laicos, presbíteros, obispos, familia, comunidades eclesiales de base, parroquias, diócesis. Esta acción eclesial se proyecta preferencialmente sobre los pobres y los jóvenes, y exige, para la transformación de la realidad, unas opciones pastorales. Toda esta reflexión está estructurada en torno a la comunión y la participación, eje central del documento.

Los aportes de Puebla

La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se reunió con el deseo y la conciencia explícita de desarrollar, profundizar y potenciar el sentido renovador del Concilio, evaluar la nueva tarea evangelizadora comenzada en Medellín y proyectarse en la nueva realidad del Continente en los diez años que habían pasado desde la Segunda Conferencia. El resultado fue un documento de una calidad doctrinal sin precedentes en la Iglesia del Continente.

Esta Conferencia tuvo plena conciencia de que ya estaba en marcha en América Latina y el Caribe algo nuevo en la evangelización. Afirma su documento conclusivo, que esa renovación ya había sido iniciada por el Concilio Vaticano II y que, luego, fue la Conferencia de Medellín quien la introdujo en América Latina y el Caribe, al “escrutar los signos de los tiempos”, inaugurando, así, según lo advierte el mismo documento, “una nueva época en la evangelización del Continente”¹⁸.

Lo primero que hay que destacar en Puebla es la claridad lograda sobre los contenidos de la evangelización -Jesucristo¹⁹, Iglesia²⁰ y

¹⁸ Cf. DP 11.

¹⁹ Cf. DP 170-219.

²⁰ Cf. DP 220-303.

Hombre²¹, que brindó elementos fundamentales para la recta comprensión teológica de esta triple temática en la situación de América Latina. Por una parte, la obra evangelizadora adquirió una fuerte dimensión cristológica: se presentó a la persona de Jesús, el Señor, como el modelo del Hombre y se invitó a hacer la experiencia de salvación en Él. Por otra parte, en la construcción de la comunidad cristiana, se buscó una mayor unidad y participación de todos y cada uno de los bautizados, cada quien desde su ministerialidad propia. Y, por último, los aportes del discurso antropológico de Puebla, junto a los aportes del rico Magisterio del Papa Juan Pablo II en este campo, provocaron una reflexión centrada en el hombre y en la búsqueda de su dignidad. Esta reflexión cerró, de una vez por todas, el camino a las falsas dicotomías, dualismos y visiones recortadas del hombre que se pudieron presentar en los años subsiguientes a la Conferencia de Medellín. La tarea de la promoción humana, apoyada en la Doctrina Social de la Iglesia, se constituyó, así, en un rico lugar teológico.

A nivel intraeclesial se siguió profundizando en Puebla la construcción de un nuevo modelo eclesial: una Iglesia pobre material y espiritualmente, que da el primer lugar a los pobres, optando privilegiadamente por ellos²²; es una Iglesia profética y servidora del mundo, que quiere estar presente en la vida y en las tareas temporales, iluminándolas con la luz de Cristo²³; es una Iglesia preocupada por la edificación de comunidades cristianas, siendo las comunidades eclesiales de base su expresión privilegiada²⁴. Se propone una Iglesia que viva el misterio de la comunión de los hombres entre sí y de éstos con Dios. Comunión que lleva a la participación de todos. Esa Iglesia comunión es también ministerial y misionera y está al servicio del mundo para la construcción del Reino²⁵.

Dentro de este modelo de comunión y participación es obvio que se tenía plena conciencia de la necesidad de la presencia de los laicos en la misión evangelizadora y se constataba que su acción en la

²¹ Cf. DP 304-339.

²² DP 382, 707, 753, 769, 1134, 1217, 1134, 1144, 711, 1145, 1165.

²³ DP 227, 1213, 74,

²⁴ DP 239, 96, 648, 156.

²⁵ Cf. DP 167, 220, 476, 1302.

Iglesia era ya mayor y activa²⁶. Se resaltaba su importante papel en la construcción de la sociedad, su presencia en las instituciones educativas, a la vez que se daban criterios para su formación y participación en la pastoral de conjunto²⁷.

En Puebla se tomó, también, una clara conciencia de la necesidad de que América Latina compartiera su fe con los de afuera, las poblaciones de otros continentes, viviendo aquella con una dimensión notablemente misionera²⁸. Fruto de esta conciencia han sido los congresos misioneros latinoamericanos que se han realizado en los últimos años en diversas naciones del Continente y la presencia de un buen número de misioneros nuestros en otros continentes.

Es importante en Puebla la indicación que se hizo acerca de la religiosidad del pueblo como un elemento constitutivo de nuestra cultura latinoamericana. Ella, aunque necesitada de purificación, constituye la matriz cultural de nuestro pueblo. Esta afirmación era una clara invitación para no despreciar la religiosidad del pueblo y para valorar todos aquellos elementos que constituyen un buen piso para la evangelización. Desde Puebla en nuestro Continente se han hecho interesantes experiencias pastorales partiendo de las expresiones de la fe del pueblo²⁹.

Se interesaron también los obispos en aquella III Conferencia por escrutar y conocer la nueva realidad con la convicción profunda de que: "no es posible el cumplimiento de la evangelización sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad y de adaptación dinámica, atractiva y convincente del mensaje a los hombres de hoy"³⁰. Por esta razón, Puebla, siguiendo a Medellín, se preocupó por detectar los signos de los tiempos de su momento histórico, encontrando también esta Conferencia que el hecho mayor del Continente seguía siendo

²⁶ Cf. DP 125, 671, 777.

²⁷ Cf. DP 823, 794, 832; 806-809.

²⁸ Cf. DP 1304.

²⁹ Cf. DP 413; 444-469. Una importante experiencia pastoral a partir de Puebla, y que parte de la religiosidad del pueblo, ha sido la pastoral de Santuarios (Cf. DP 282, 449, 463).

³⁰ DP 85.

la pobreza que, desde Medellín, se había agudizado aún más y que aparecía como “el más devastador y humillante flagelo”³¹. Por eso la reflexión de Puebla estuvo también orientada a responder, de una manera práctica al desafío lanzado por esa situación, con su categórica opción preferencial por los pobres y la evangelización liberadora de los mismos para la comunión y la participación³².

A la par del dato anterior, y a partir del mismo espíritu heredado del Concilio y de Medellín, que hace que la Iglesia, como lo afirmó Puebla en su mismo texto, se proyecte “con renovado vigor al servicio de nuestros pueblos”³³ y responda al “desafío de renovar la evangelización” de cara a las situaciones nuevas que vive el Continente³⁴, logró la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano introducir otro nuevo elemento en el concepto de evangelización: la cuestión cultural como parte integrante de la misma, pues la adveniente cultura universal, la cultura urbana y la secularización, y las forma de asumirlas y evangelizarlas, fueron una preocupación bastante significativa para la III Conferencia.

De esta manera, la promoción humana y la evangelización de la cultura, aparecieron en Puebla emparentadas de manera muy íntima con la evangelización, brindando así, una mayor lucidez a la reflexión teológica y a la acción pastoral en el Continente³⁵.

Podemos, por tanto, colegir que ya Medellín con su opción por el hombre y la promoción de la justicia y, luego, Puebla, manteniendo esa misma opción y enriqueciéndola con la opción por la evangelización de la cultura, y trazando las líneas pastorales concretas que respondían a esas necesidades, desde la perspectiva de una evangelización liberadora para la comunión y participación, iniciaron el proyecto de una Nueva

³¹ DP 29. Puebla concretiza la pobreza en rostros bien particularizados (Cf. DP 32-39).

³² Cf. DP 382, 707, 711, 753, 769, 1134, 1144, 1145, 1165, 1217.

³³ *Presentación del documento de Puebla*, en CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo*, Santafé de Bogotá 1994, 281.

³⁴ Cf. DP 366, 433.

³⁵ Cf. DP 421-436

³⁶ Cf. DSD 290, 302.

Evangelización -aunque todavía el proyecto no tomara dicho nombre- y que estas mismas Conferencias tenían conciencia de ello, al certificar explícitamente que con sus reflexiones y decisiones teológico-pastorales había comenzado algo nuevo en la evangelización del Continente.

La solicitud, que años más tarde hará el Papa Juan Pablo II, acerca de la urgencia de una Nueva Evangelización, será la consecuencia de una maduración y profundización, vivida en la Iglesia latinoamericana a través del proceso comenzado en Medellín y Puebla, de lo que se podría considerar una “primera recepción” en el Continente, del espíritu renovador del concilio Vaticano II.

A partir de los datos anteriores podemos hoy concluir que en Puebla se reflejó una mayor autoconciencia histórica de nuestra identidad y peculiaridad eclesial, y que la misma Conferencia y su documento, son verdaderamente un fruto, una aplicación, un desarrollo y una síntesis más lograda, desde América Latina, de la significación de la renovación conciliar e, incluso, se podría decir que, en ella, la asimilación conciliar se manifestó con más fuerza y nitidez que en el mismo Medellín.

IV. La Conferencia de Santo Domingo

El Contexto

La década de los 80 en América Latina, sobre todo a nivel económico, ha sido llamada la década perdida. A nivel político se alcanzó una cierta democracia aunque en la mayoría de países presenta aspectos más bien de tipo formal. Pero a nivel económico fue claramente de retroceso. La economía de nuestras naciones se fue hundiendo y América Latina se vio envuelta en un estado de precariedad escandalosa.

Nuestro Continente pareció perder el tren de la historia. Cada vez contaba menos en el comercio internacional, que fue prescindiendo de los productos que tradicionalmente ofrecía América Latina: las materias primas y la mano de obra barata. Este tipo de economía entró en crisis. La acumulación tecnológica, fruto de la intensidad del conocimiento, ocasionó una mayor concentración de capital en unos pocos

países. En ningún momento anterior de la historia hubo tal grado de concentración del capital en tan pocos países y en tan minoritaria población. El llamado *“grupo de los siete”* con sus ochocientos millones de habitantes controlaban más poder económico, tecnológico y militar que el resto de los cuatro mil millones del planeta. Este estado de cosas provocó una nueva confrontación que reemplazó la de este-oeste: la confrontación norte-sur. Nunca antes se había dado una bipolarización tan extrema del mundo como ésta.

Junto a esta problemática aparece también la difícil cuestión del alarmante crecimiento de la deuda externa y el problema ocasionado por su pago. El mero servicio de la deuda externa fue el 80% superior a los montos de la inversión extranjera. Se disminuyó la participación en el mercado internacional del 7 al 4% y la inversión extranjera directa del 12.3% en 1980 al 5% en 1989. El número de población bajo el nivel de pobreza ascendió de 112 a 184 millones. Junto a este fenómeno hay que tener en cuenta el neoliberalismo capitalista que comenzó a imponerse en casi todos los países de América Latina con sus grandes costos sociales, sobretudo, para los más pobres.

Otros aspectos importantes que caracterizaron la década de los ochenta fueron los siguientes:

El advenimiento de la cultura moderna, y su prolongación o crisis llamada postmodernidad, marcó esos años en nuestros países, aunque en algunas partes estos fenómenos fueron asimilados con características muy propias al ser filtrados por la sabiduría popular.

El fenómeno urbano con el crecimiento descomunal de nuestras ciudades -el 70% de la población residía, en ese momento, en las grandes urbes- llevó a unas relaciones meramente funcionales entre los hombres y provocó grandes cinturones de miseria, fruto de las masivas migraciones del campo a la ciudad.

El hundimiento del llamado socialismo real, con la caída del “muro de Berlín” en 1989, significó una profunda crisis para la humanidad, pues la ilusión de un mundo igualitario y sin discriminaciones, prometido por ese sistema, constituyó un fracaso y un desconcierto por lo que parecía un triunfo del capitalismo.

La violencia alcanzó niveles inusitados, creando la llamada «cultura de la muerte». Aparecieron causas y expresiones nuevas de la misma: violencia del narcotráfico, grupos terroristas, guerrillas con una fuerza destructora impresionante, bandas de paramilitares, el fenómeno del sicariato y la delincuencia común. Los atentados contra la familia y la vida en todos los niveles alcanzaron proporciones también ilimitadas.

Se presentó también una enorme proliferación de las sectas y de los nuevos movimientos religiosos fundamentalistas que manipulaban la fe del pueblo y la resentían en su valores fundamentales.

Todos estos eran, entre otros, los grandes desafíos que se le presentaron a la Iglesia en esa década.

A nivel eclesial se vivió en nuestro continente un proceso de mayor madurez, originado en una pastoral más serena, fruto de lo aportado por el documento de Puebla. Se empezaron en muchas diócesis procesos globales, orgánicos y planificados de pastoral, las Comunidades Eclesiales de Base fueron reafirmando y clarificando su eclesialidad, la opción por los pobres era algo sobre lo que ya no había discusión, a la vez que se clarificó, enriqueció y amplió más este concepto con relación a la estrechez del mismo en la década anterior. El tema de la cultura fue ganando espacio como campo de estudio y de una decidida acción pastoral. El redescubrimiento de la presencia de las diversas culturas que se daban cita en nuestro Continente reclamaba una acción pastoral diferenciada por parte de la Iglesia. Se dio también, en ese último decenio, un claro aumento de las vocaciones laicales, religiosas y sacerdotales y la valiosa presencia de tantos y tantas religiosas en los que se ha denominado lugares de inserción; por último, toda la Iglesia universal gozó del rico y abundante Magisterio del Papa Juan Pablo II, haciendo claridad sobre muy variados tópicos de la vida eclesial. Baste mencionar algunos de los documentos más notables de esos años: *Christifideles Laici*, *Redemptoris Missio*, *Centesimus Annus*, *Pastores Dabo Vobis*.

Sin embargo se encontraron deficiencias importantes en la vida eclesial. Señalamos algunas de las más notables: los agentes de pastoral acusaban cansancio y desánimo, las fuerzas pastorales se dispersaron, la intensidad de debates y luchas de la década anterior agotó a bastantes

agentes de pastoral, muchos cristianos abandonaron su práctica religiosa, cayendo en la indiferencia y la apatía. Además de la, ya señalada, proliferación de la sectas, los medios de comunicación introyectaron en la vida de nuestro pueblo todo un estilo de vida ajeno a la enseñanza eclesial.

En 1983, en Puerto Príncipe, Haití, el Papa Juan Pablo II lanzó la invitación a emprender una nueva evangelización que, desde América Latina, alcanzara a la Iglesia universal. A partir de este momento, las diversas alocuciones papales fueron ayudando a nuestros Episcopados a precisar y profundizar el significado de este proyecto. Fue surgiendo así, entre los obispos, la necesidad de realizar una nueva Conferencia general que se enfrentara a los retos de la nueva evangelización de cara a la nueva situación del Continente.

En la XXI Asamblea del CELAM en Ypacarai-Paraguay, en 1987, se cristalizó la iniciativa de una nueva Conferencia. Con motivo del V Centenario de la evangelización del Continente, y como elemento central de dicha conmemoración, se pidió oficialmente al Papa, en 1989, la realización de la IV Conferencia General del Episcopado. El tema de la Conferencia fue señalado por el Papa el 12 de diciembre de 1990: *“Nueva Evangelización, Promoción Humana y Cultura Cristiana”*, con el lema: *“Jesucristo Ayer, Hoy y Siempre”*. Luego fue convocada la Conferencia por el mismo Papa para el 12 de Octubre de 1992.

En los cinco años de preparación de la Conferencia (1987-1992) se produjeron varios documentos con tal fin. Mencionamos los más sobresalientes: El Instrumento preparatorio en 1989, el Documento de consulta en 1991, la *Primera y Segunda Relatio* en el mismo año y el Documento de Trabajo en 1992. Junto a estos documentos, el CELAM publicó once textos auxiliares, fruto de investigaciones, reuniones, congresos, aportes y reflexiones, que se ofrecían como ayudas a la preparación de dicha conferencia.

356

Las discusiones durante esta etapa se centraron en la necesidad de no desconocer los aportes de las Conferencias anteriores. Se escrutó con intensidad el significado de la primera evangelización y sus repercusiones para la nueva. Hubo amagos de polémica en torno a la relación entre evangelización de las culturas y opción por los pobres y los alcances de una radical inculturación del Evangelio.



La Conferencia

Del 12 al 28 de octubre de 1992 con 360 participantes se realizó en Santo Domingo, República Dominicana, la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano con el tema anunciado más arriba.

El documento conclusivo de dicha Conferencia comprende tres partes y ocupa 303 numerales. La primera parte está dedicada a una reflexión sobre Jesucristo como evangelio del Padre. La segunda se ocupa de Jesucristo como evangelizador viviente en su Iglesia, en donde se presentan tres apartados, dedicados a cada una de las tres temáticas de la Conferencia: Nueva evangelización, Promoción humana y Cultura cristiana. En la tercera parte se trazan las líneas pastorales prioritarias y acciones para cada uno de los tres grandes temas tratados por la Conferencia.

Los aportes de Santo Domingo

A la luz de la afirmación central de la fe en Jesucristo, el mismo “ayer, hoy y siempre” (cf. Hb 13, 8), pretendían los Obispos reunidos en la IV Conferencia, ante la multiplicación cuantitativa y cualitativa de nuevos signos de los tiempos, que la realidad del Continente ofrecía y en continuidad con el Concilio y las Conferencias de Rio de Janeiro, Medellín y Puebla, evaluar su acción evangelizadora y proponer los elementos centrales, líneas matrices, exigencias y opciones fundamentales del proyecto iniciado por aquellas Conferencias³⁶, llevando así a su culmen el proceso renovador iniciado por Medellín y Puebla. Este proyecto, por insinuación del Papa Juan Pablo II, se consolidaba y se oficializaba con el nombre de Nueva Evangelización. Se lee en las conclusiones de Santo Domingo: “Nos disponemos a impulsar con nuevo ardor una Nueva Evangelización, que se proyecte en un mayor compromiso por la promoción integral del hombre e impregne con la luz del Evangelio las culturas de los pueblos latinoamericanos”³⁷.

A nivel intraeclesial se siguen dando características a la Iglesia del Continente. Se dice que es una Iglesia consciente de que su razón

³⁷ DSD 1.

³⁸ Cf. DSD 27; 121-124.



de ser es evangelizar y testimoniar la Buena Noticia del Reino³⁸; que sabe que toda la comunidad eclesial es sujeto de la Nueva Evangelización³⁹ que quiere dar un testimonio auténtico de pobreza evangélica en su estilo de vida y en sus estructuras⁴⁰; que se compromete a una opción evangélica y preferencial por los pobres⁴¹ opción que se constituye en la luz que inspira toda acción evangelizadora en el Continente⁴²; que propende por la creación de comunidades vivas y dinámicas⁴³; que solicita el servicio de unos pastores con una especial cercanía a sus comunidades⁴⁴; que valora y cultiva los diversos carismas y ministerios, con especial protagonismo de los laicos⁴⁵ que presta especial atención a las mujeres, resaltando sus valores como personas, creando espacios de participación para ellas en la Iglesia y en la sociedad y favoreciendo los medios que garanticen una vida digna para las más expuestas y explotadas⁴⁶; que busca la participación de los jóvenes⁴⁷ y la creación y multiplicación de comunidades eclesiales de base⁴⁸; que presta atención a los movimientos apostólicos, a los cuales se les pide inculturarse en el Continente⁴⁹.

Es, también, una Iglesia que invita a fortalecer, aún más, el espíritu misionero⁵⁰ la atención al diálogo interreligioso, sobre todo, con las religiones indígenas y afroamericanas⁵¹, con especial cuidado al desafío que implica la presencia de las sectas fundamentalistas⁵², los nuevos movimientos religiosos⁵³ y, también, la presencia en el Continente del secularismo y el indiferentismo religioso⁵⁴; además de que sabe de

³⁹ Cf. DSD 23.

⁴⁰ Cf. DSD 178.

⁴¹ Cf. DSD 178.

⁴² Cf. *I. c.* Esta Iglesia es la que es plenamente consciente de que ellos, los pobres, constituyen su más rico potencial evangelizador (Cf. *I. c.*; DP 1147).

⁴³ Cf. DSD 54-64.

⁴⁴ Cf. DSD 74.

⁴⁵ Cf. DSD 103, 293.

⁴⁶ Cf. DSD 104-110.

⁴⁷ Cf. DSD 111-120.

⁴⁸ Cf. DSD 61.

⁴⁹ Cf. DSD 102.

⁵⁰ Cf. DSD 121-131.

⁵¹ Cf. DSD 136-138.

⁵² Cf. DSD 139-146.

⁵³ Cf. DSD 147-152.

⁵⁴ Cf. DSD 153-156.

la importancia de la educación cristiana y de los Medios de Comunicación social para la Nueva evangelización⁵⁵.

De las características anteriores hay que destacar dos elementos que se constituyen en punto de llegada de todo el proceso de renovación iniciado en las anteriores Conferencias: se solicita, por una parte, la construcción de comunidades vivas y dinámicas⁵⁶ y, por otra, que los laicos asuman un especial protagonismo en la tarea evangelizadora⁵⁷. De las primeras se dice que son la finalidad de la nueva evangelización y, de los segundos, se afirma que son los sujetos primordiales de la misma.

A nivel de la misión eclesial, según la reflexión de Santo Domingo son notorias, sobre todo, dos situaciones que desafiaban a la Iglesia de América Latina y el Caribe, urgiéndola a una Nueva Evangelización:

Por una parte, las situaciones trágicas de injusticia y de sufrimiento, de desigualdad social, de pobreza, de violencia y de marginación⁵⁸, que reclaman la promoción humana, como dimensión privilegiada de la nueva evangelización⁵⁹. En este contexto Santo Domingo encuentra diez nuevas situaciones que se catalogan como nuevos signos de los tiempos y que desafían a la Iglesia: la urgencia de defender los derechos humanos, la vida y la familia allí donde estas realidades son negadas; la tarea de lograr un adecuado uso, distribución y respeto por la tierra y por todo el medio ambiente; la preocupación por las constantes migraciones y la movilidad humana; la necesidad de crear un nuevo orden económico y democrático, que facilite la integración de nuestros pueblos; el reconocimiento del derecho de todos al trabajo; un llamado de atención ante el vertiginoso proceso de empobrecimiento, y la exigencia de la solidaridad con los más empobrecidos⁶⁰.

Ante esta realidad social, que afecta sobre todo a los más pobres, propone la IV Conferencia la necesidad de implantar la cultura de la

⁵⁵ Cf. DSD 263; 279-286.

⁵⁶ Cf. DSD 23.

⁵⁷ Cf. DSD 103, 293.

⁵⁸ Cf. DSD 23, 24, 26.

⁵⁹ Cf. DSD 159.

⁶⁰ Cf. DSD 164-227.

solidaridad como el objetivo y fin último de la Nueva Evangelización⁶¹. El establecimiento de esta cultura significará finalmente la realización del proyecto de la promoción integral de todo el hombre y de todos los hombres, con preferencia de los más pobres, para la comunión y participación de los hombres entre sí y de éstos con Dios.

Por otra parte, la situación de las culturas del Continente también interpela a Santo Domingo. América Latina y el Caribe son vistos en la IV Conferencia no sólo como un continente mestizo, sino y ante todo en su multiétnicidad y pluralidad cultural: indígenas, afroamericanos, mestizos, junto a la cultura moderna, la cultura urbana y la postmodernidad, constituyen la realidad del Continente. Además entre estas etnias y culturas se da hoy una interacción permanente⁶². A esta situación añadía Santo Domingo la crisis cultural que alcanzaba proporciones insospechadas⁶³.

Se considera en Santo Domingo que indígenas, negros y mestizos son pueblos que poseen innumerables riquezas culturales⁶⁴, con identidad propia⁶⁵, portadores de “semillas del Verbo”⁶⁶, protagonistas de la inculturación del Evangelio⁶⁷ e interlocutores de la Iglesia y, por eso, sujetos de un diálogo intercultural⁶⁸ e interreligioso⁶⁹. Desde esta pers-

⁶¹ La cultura de la solidaridad recoge y sintetiza el contenido de lo que se quiere decir con expresiones tales como: liberación para la comunión y la participación, cultura cristiana, civilización del amor y globalización de la solidaridad. Todos ellos son términos que, aunque con matices diversos, son sinónimos, y se refieren al fruto final producido por una auténtica evangelización en las dos dimensiones que el Papa Juan Pablo II asume y propone para América Latina y el Caribe como concreción del programa de una Nueva Evangelización (Cf. *Discurso del Papa Juan Pablo II a los Obispos del CELAM en el Estadio Olímpico de Santo Domingo, 12 de octubre de 1984*). Ver también: Medellín, *Justicia* 2, 13; *Paz* 14; el Mensaje que Puebla dirige a los pueblos en el n. 8. En el documento de Santo Domingo el término solidaridad aparece por doquier, y se dice que este es el nuevo nombre del amor cristiano (Cf. DSD 6, 9, 13, 17, 26, 32, 33, 52, 58, 75, 76, 77, 85, 102, 105, 116, 120, 158, 159, 169, 177, 178-181, 183, 195, 201, 204, 205, 209, 222, 241, 251, 271, 288, 296; también *Mensaje a los Pueblos* 18, 39, 42, 46, 47).

⁶² Cf. DSD 24, 26, 30, 80, 84, 244, 280, 299, 392.

⁶³ Cf. DSD 230.

⁶⁴ Cf. *Mensaje a los pueblos* 38.

⁶⁵ Cf. DSD 17, 18, 138, 169, 172, 229, 243, 244, 245, 251, 259)

⁶⁶ Cf. DSD 245, 230, 17.

⁶⁷ Cf. DSD 36, 15, 53, 80, 84, 299, *Mensaje a los pueblos* 11.

⁶⁸ Cf. DSD 248, 24.

⁶⁹ Cf. DSD 137, 138.

pectiva, indígenas, afroamericanos y mestizos ya no tienen que perder su identidad cultural y religiosa para hacer parte de la Iglesia. Ya no tienen que renunciar a su memoria histórico-cultural-religiosa para hacerse cristianos.

Como respuesta a esta situación se perfila en Santo Domingo el rostro de una Iglesia auténticamente latinoamericana y caribeña en la diferencia de sus mediaciones culturales, al proponer líneas de acción pastoral muy concretas para cada una de esas culturas⁷⁰.

De esta manera quedaba, entonces, en Santo Domingo, la evangelización colocada ante dos realidades que completaban, llevaban a su culmen y cerraban el círculo hermenéutico-pastoral del proceso renovador de la Iglesia del Continente, iniciado por Medellín y Puebla, tanto en la concepción de un adecuado planteamiento de la evangelización como en la novedad a la que ella se veía abocada en ese momento. Dichas perspectivas aparecen enunciadas en el ya citado texto, casi programático del numeral 1 de las Conclusiones de la IV Conferencia: “Nos disponemos a impulsar con nuevo ardor una Nueva Evangelización, que se proyecte en un mayor compromiso por la promoción integral del hombre e impregne con la luz del Evangelio las culturas de los pueblos latinoamericanos”. La Nueva evangelización aparece aquí como el concepto englobante de dos realidades: la promoción humana y la evangelización de las culturas.

Se relaciona, entonces, la nueva evangelización, en primer lugar con la realidad social, pero sin desvincularla de lo cultural, por lo cual se habla de la urgencia de una Nueva Evangelización que proclame sin equívocos el Evangelio de la justicia, del amor y de la misericordia. Se introduce así la dimensión promocional del hombre en el dinamismo de la evangelización, para lo cual se establece como respuesta pastoral, que la promoción humana es una dimensión privilegiada de la Nueva Evangelización⁷¹ y, dentro de ella, la opción por los pobres será la luz

⁷⁰ Es interesante ver cómo se encuentran en el documento de Santo Domingo los rasgos de una iglesia inculturada en cada una de las culturas del Continente: una Iglesia con rostro indígena (cf. DSD 248), una Iglesia con rostro afroamericano (cf. DSD 249), una Iglesia con rostro mestizo (cf. DSD 36, 53), una Iglesia con rostro urbano moderno (cf. DSD, 254, 256-261).

⁷¹ Cf. DSD 157.

que inspire toda acción evangelizadora⁷². Y también se vincula la Nueva Evangelización con la realidad cultural, pero sin desligarla del factor social-promocional, por lo cual se habla de la necesidad de que toda evangelización sea inculturación del Evangelio⁷³. Queda, de esta manera, introducida también la dimensión cultural en el dinamismo de la evangelización, para lo cual se establece, como respuesta pastoral, que la inculturación es centro, medio y objetivo de la nueva la evangelización⁷⁴.

Promoción humana e inculturación son, pues, realidades que quedan incluidas substancialmente en el concepto mismo de evangelización, rompiendo así toda posible dicotomía entre estas realidades. Ellas, sin ser idénticas, se exigen y reclaman mutuamente dentro del “todo” determinante, especificador y unificador que es la evangelización.

A partir de los datos anteriores se puede decir que, en Santo Domingo, ha llegado a su culmen lo que se podría catalogar como una primera gran recepción conciliar, iniciada por Medellín y Puebla, de cara a las necesidades y urgencias que reclamaba la realidad del Continente y los nuevos signos de los tiempos que iban apareciendo en cada momento histórico. Era *en, para y como* respuesta a esos signos, en los que se leían las interpelaciones de Dios, que se planteaba explícitamente la necesidad de una Nueva Evangelización, como fruto y actualización máxima de la fidelidad al mismo espíritu que generó el Concilio Vaticano II.

V. Hacia la V Conferencia

El contexto

La Asamblea Ordinaria del CELAM, en la cual participaron los Presidentes de las Conferencias episcopales y sus delegados, reunida en mayo del 2001 en Caracas, acordó pedir al Papa Juan Pablo II, en el contexto de la celebración de los 50 años de creación del CELAM, la

⁷² Cf. DSD 178.

⁷³ Cf. DSD 13.

⁷⁴ Cf. DSD 299.

convocación de una V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe con el fin de pensar la Nueva evangelización y la presencia de la Iglesia de cara a los nuevos desafíos que planteaba la realidad del Continente, sobre todo, el fenómeno de la globalización. El Papa Juan Pablo II aceptó la propuesta cuando se le hizo oficialmente, aceptación que fue ratificada luego por el Papa Benedicto XVI al poco tiempo después de su elección.

Los Presidentes de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe, o sus delegados, junto con la Directiva del CELAM, se reunieron en Puebla de los Ángeles-México los días 12 y 13 de febrero del 2004, y luego de dialogar sobre el tema para una posible V Conferencia, fueron unánimes en formularlo así: "Discípulos de Jesucristo en la iglesia católica, para la nueva evangelización de América Latina y el Caribe, al inicio del tercer milenio". Este fue el tema propuesto al Papa Juan Pablo II por la presidencia del CELAM el 27 de mayo de 2004. También se le propuso al Papa que la Conferencia se realizara en Quito-Ecuador, pero luego, por las condiciones de salud del Papa, él mismo pidió que se hiciera en Roma.

Siguió después un proceso de consultas a las Conferencias episcopales y a otras personas y organismos eclesiales, tanto a nivel Continental como a nivel del Vaticano, acerca del posible tema y cuestiones que debería tratar la V Conferencia⁷⁵. La formulación del tema fue cambiando a medida que se recibían los aportes solicitados. El tema que se propuso al Papa Benedicto XVI se expresaba en estos términos: "Por el encuentro con Jesucristo, discípulos y misioneros en la comunión de la Iglesia católica, al inicio del tercer milenio, para que

⁷⁵ Es interesante la discusión e intercambio de opiniones suscitada por la definición eclesiológica de la Asamblea que se quería realizar. Consultó la presidencia del CELAM, por encargo y petición del Cardenal secretario de Estado, Angelo Sodano, a los cardenales menores de 80 años y a los presidentes de las Conferencias Episcopales que conforman el CELAM, acerca del tipo de reunión que se quería. Las alternativas posibles eran: una Asamblea ampliada del CELAM, una Asamblea especial para América Latina y el Caribe del sínodo de los obispos, o una Vª Conferencia General del Episcopado latinoamericano. El 75% de los consultados, en ambas categorías, pedía la realización de una Vª Conferencia General (cf. CARDENAL FRANCISCO JAVIER ERRAZURIZ O, XXX Asamblea ordinaria del CELAM. Inauguración y Relación acerca del trabajo de su presidencia. En Boletín CELAM n. 308 (Junio 2005) 94-95).

nuestros pueblos tengan vida”. Al Papa le pareció bien, pero quedó en reflexionar sobre el mismo y dar una respuesta al CELAM, al igual que acerca del lugar y la fecha de realización.

A comienzos del mes de julio de 2005, el Papa Benedicto XVI dio a conocer a la directiva del CELAM el tema definitivo de la Conferencia: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida”. Y el lema bajo el cual se reunirán los obispos será: “Jesucristo Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6).

- *A nivel eclesial*

Los desafíos a los que se enfrenta la Iglesia del Continente en este momento de la historia son realmente cruciales⁷⁶. Desde la perspectiva de la evangelización, dice el cardenal Errázuriz, actual presidente del CELAM, “vivimos una de las horas más decisivas y también dramáticas de nuestra historia”⁷⁷.

Un primer y significativo dato a tener en cuenta es que durante estos últimos 26 años, la Iglesia universal y latinoamericana ha contado con el rico y prolijo Magisterio del Papa Juan Pablo II, ejercido a través de sus visitas pastorales a los diferentes países, sus encíclicas, sus exhortaciones pastorales, sus cartas apostólicas, sus homilias y demás intervenciones magisteriales, entre las cuales es importante mencionar lo que, de alguna manera, podría considerarse su testamento pastoral: la Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, en la que ofrece ricas luces y perspectivas acerca de las cuestiones más importantes a tener en cuenta en la evangelización de cara al tercer milenio que llega. También es importante el sínodo especial para América realizado en 1997, cuyo fruto es la exhortación postsinodal *Ecclesia in America* sobre “El encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la

⁷⁶ Cf. CARDENAL DOM CLAUDIO HUMMES, El Marco social y eclesial de América Latina: 25 años después de Puebla., Boletín CELAM n. 305 (Septiembre 2004) 37-56; ver también: LEONIDAS ORTIZ LOZADA, América Latina y el Caribe. Realidad social y eclesial 2005. en Boletín CELAM n. 308 (Junio 2005) 107-144.

⁷⁷ CARDENAL FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ O, XXX Asamblea ordinaria del CELAM. Inauguración y Relación acerca del trabajo de su presidencia. En Boletín CELAM n. 308 (Junio 2005)96.

comunión y la solidaridad en América”, dada a conocer el 22 de enero del año 1999.

Otro dato significativamente importante es que la realización de la V Conferencia va estar iluminada también, coincidentalmente así como lo hizo el Papa Juan Pablo II en Puebla, por las primicias de la sapiencia teológica y pastoral del recién elegido Papa Benedicto XVI.

El CELAM ha publicado dos importantes documentos, que son punto de referencia obligado para conocer y entender los problemas en torno a la Iglesia y a la evangelización en las actuales circunstancias del Continente. Ellos son: “El tercer Milenio como desafío pastoral”, publicado en 1997. Se trata de un Informe del CELAM de cara al 2000 en el que se reflexiona sobre las megatendencias a nivel de la realidad social, económica y política del mundo y del Continente latinoamericano y sus desafíos para la Iglesia. El otro se titula: “*Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del CELAM 1999-2003*”, publicado en el año 2003 con tres objetivos: analizar el fenómeno de la globalización y sus efectos en la sociedad; discernir a la luz de la fe el cambio de época que vivimos; aportar algunas vertientes de la nueva evangelización en América Latina y el Caribe

En el proceso concreto de preparación de la V Conferencia, el CELAM ha ido esbozando documentos internos de reflexión sobre el tema de la misma y, en estos momentos, como fruto de la participación y aportes de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe junto a los también aportes de sus colaboradores y asesores, está a punto de publicar el llamado “documento de participación”. Este será el primer documento que dará inicio a la preparación inmediata y oficial de la Conferencia. Se tratará de un documento de estudio para alentar a la reflexión y participación de todo el pueblo de Dios presidido por sus pastores.

A nivel de la realidad eclesial y su tarea evangelizadora los datos que se tienen son, a veces, paradójicos y hasta contradictorios, pero a la vez llenos de esperanza:

En los últimos años se ha venido disminuyendo el número de católicos y la misma identidad católica aparece débil y difusa. En algu-

nos países del Continente disminuyó hasta el 10% el número de católicos (el 73% de la población se dice católica y un 90% afirma creer en Dios). Pero al lado de este fenómeno la calidad de la fe y el encuentro con Jesucristo es más serio y profundo en algunas personas. Se acrecienta la vitalidad de la fe de quienes participan en la vida de las parroquias, en las celebraciones litúrgicas, en las comunidades eclesiales de base y en los movimientos eclesiales.

Es cierto que muchos laicos participan en la evangelización y se preparan para la misma, pero, a la vez, falta un mayor número de agentes pastorales y una mayor formación que los capacite para la ingente tarea evangelizadora. Sin embargo hay que señalar también que esos mismos laicos participan poco en la vida política, social y económica.

Ha crecido la participación litúrgica, pero hay poco esfuerzo de inculturación y la celebraciones siguen siendo ritualistas y monótonas.

Las sectas siguen avanzando y aparecen nuevos movimientos religiosos, a la vez que se multiplican las confesiones religiosas.

Es notorio el agnosticismo que asiste a las élites sociales del Continente; agnosticismo que desiste de la verdad y a la que juzga como algo relativo. Cada uno tiene su verdad y por consenso se decide una verdad que haga tolerable la convivencia. Dentro de estas mismas élites y sectores influyentes de la sociedad algunos han llegado a la indiferencia religiosa o a la secularización total, otros a una larvada o manifiesta agresividad contra la Iglesia, y finalmente otros que, aunque bautizados, tienen débiles convicciones éticas. Hay que decir también que muchos jóvenes están llegando hasta la increencia.

Se hacen intentos de renovar las parroquias y las diócesis optando por planes de renovación diocesana, en la perspectiva de la nueva evangelización, con la participación de todos los agentes de pastoral.

La defensa y promoción de la vida y la familia sigue siendo un desafío urgente.

Otro desafío igualmente importante es la necesidad cada vez más urgente del diálogo ecuménico e interreligioso.



Aunque las vocaciones han aumentado significativamente, el fenómeno no es igual en todos los países, al punto que en muchos hay todavía escasez de clero. Es de destacar que en muchas diócesis hay programas de apoyo y seguimiento, para los laicos en general, para las familias y para los sacerdotes a través de su formación permanente y dirección espiritual.

Los movimientos apostólicos han venido a llenar vacíos y deficiencias en la evangelización, pero es de lamentar que algunos de ellos se muestran sectarios y/o poco integrados a la pastoral diocesana o parroquial.

Finalmente, es importante señalar que aunque la opción por los pobres todavía no es conciencia plena en todos los miembros de la Iglesia, ella es reconocida en la mayoría de nuestros países como una de las instituciones más comprometidas con la causa de los más pobres, gozando todavía por ello de un considerable aprecio y credibilidad.

- *A nivel social, económico y político*

Las situaciones, perspectivas y desafíos son variados y complejos, retando a la Iglesia y a su tarea evangelizadora desde diversos aspectos:

Lo primero que hay que señalar es que realmente estamos dejando atrás una época y comenzando una nueva en la historia de la humanidad. Este cambio epocal se ha generado por los enormes saltos cuantitativos, cualitativos y acumulativos que se dan en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus aplicaciones muy rápidas y variadas en distinto campos de la naturaleza y de la vida. La tecnología tiende a convertirse en el dinamismo autorregulador de la sociedad, en el factor más importante de la producción y del trabajo. Estamos en la era del conocimiento y la información. “El desarrollo de la robótica y la cibernética, la revolución de las comunicaciones, la recapitulación de la tradición oral y el lenguaje escrito dentro de una civilización audiovisual, el acoplamiento de la computadora con la biología en la evolución biogenética, son algunas de las manifestaciones de la civilización tecnológica y que están conectadas con el actual fenómeno de la globalización”⁷⁸.

⁷⁸ GUZMÁN CARRIQUIRY, Globalización e identidad católica de América Latina, México: Plaza Janés 2003, 27.



Esta nueva realidad de las ciencias y tecnologías de información e intercomunicación cibernética favorece el desarrollo globalizado del universo financiero, de la economía, de la producción y del mercado, principalmente dentro del nuevo orden económico mundial, de perfil neoliberal, de mercado libre y abierto⁷⁹. Esta globalización, como ideología económica y social, ha afectado negativamente a las sociedades y culturas más pobres de la tierra, pues las injusticias y desigualdades son cada vez mayores y más profundas⁸⁰. Hoy se viene dando en el mundo lo que se podría denominar como un fundamentalismo y una dictadura del mercado en torno al mito de que éste lo abarca todo y que el juego de la oferta y la demanda es inevitable en todos los campos. Esto hace que todas las realidades humanas entren en el juego del mercado: todo es susceptible de comercio y mercado, aún los bienes no materiales. Todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, en el que el poderoso engulle o destruye al más débil⁸¹. Como consecuencia de esta situación grandes masas de la población en diferentes partes del mundo, y de una manera especial en nuestro Continente, se ven excluidas y marginadas, lo que, a su vez, es causa de desplazamientos, migraciones y violencia.

Ya no se trata del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la perte-

⁷⁹ Cf. CARDENAL DOM CLAUDIO HUMMES, *El Marco social y eclesial de América Latina: 25 años después de Puebla*, Boletín CELAM n. 305 (Septiembre 2004) 43.

⁸⁰ Hoy se da una mayor producción y riqueza mundial, aunque cada día peor distribuida; una mayor interdependencia e intercambio entre las naciones del mundo, pero de una manera asimétrica; un mayor conocimiento y dominio de la naturaleza, pero privilegiando a pequeñas elites hegemónicas y, en la mayoría de los casos, degradando los ecosistemas; una mayor, mejor y más rápida comunicación intercontinental, la conquista del espacio y del átomo, aunque sin beneficio real para grandes mayorías, que no tienen acceso a la red informática en tiempo real ("desconectados"); la lucha contra las enfermedades y desastres naturales es cada día mayor, aunque todavía con una falta enorme de equidad hacia los pueblos más vulnerables; se dan grandes avances de la cultura y el arte, pero con desigual distribución de beneficios y, a veces, con graves deterioros culturales; se da una mayor insistencia en los derechos humanos universales, pero quizás sin una clara y adecuada base de valores y principios éticos (Cf. CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del CELAM 1999-2003*, Santafé de Bogotá 2002, 14-15).

⁸¹ Cf. JUAN PABLO II. Exhortación apostólica *Ecclesia in America* n. 20; CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO. *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del CELAM 1999-2003*, Santafé de Bogotá, 20-21.



nencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino “irrelevantes”. No son “oprimidos” sino “sobrantes”⁸².

A lo anterior hay que añadir los dolorosos ajustes económicos exigidos por el fondo Monetario internacional a los países más pobres y emergentes para entrar en el nuevo orden económico mundial y globalizado y de mercados abiertos, que generaron desempleo y abandono de inversiones sociales en nuestros países. A lo que también hay que sumar el endeudamiento externo, que sigue asfixiando la economía de muchos países pobres de nuestro Continente, junto al también desequilibrio de las negociaciones comerciales, la volatilidad del capital financiero internacional y la firma de tratados de libre comercio, con efectos sociales, económicos y culturales no satisfactorios para nuestros países. Todo esto ha traído como consecuencia el crecimiento cada vez mayor del fenómeno de la exclusión social y económica. De acuerdo con las estadísticas de organismos internacionales, la población pobre alcanza la suma de 226 millones, de los cuales 102 millones son pobres extremos; y de éstos, 54 millones sufren de desnutrición, afectando especialmente a los niños y niñas menores de 5 años. A esto se agrega que nuestra región es la más inequitativa del mundo⁸³.

Hay que señalar también las consecuencias que ha traído para todo el mundo, y que alcanza también a nuestro Continente, la nueva situación de amenaza permanente del fenómeno del terrorismo, con sus motivaciones geopolíticas, económicas y religiosas. El ataque perpetrado en New York-Estados Unidos el 11 de Septiembre de 2001,

⁸² E. J. Hinkelammert, refiriéndose al abismo hoy existente entre el Norte y el Sur, señala que “el Primer Mundo no se retira del Tercer Mundo, sino que desarrolla ahora una imagen de éste como un mundo en el que existe una población que sobra. Esta población sobrante (...) es vista crecientemente como un peligro y no ya como algo que se puede explotar. En realidad, el desarrollo técnico actual tiene un carácter que no permite explotar a esta población. La estructura del capitalismo es tal, que ya no puede explotar a la población mundial. No obstante, a esa población que no puede explotar, la considera superflua. Es una población vista como sobrepoblación, que no debería siquiera existir, pero que allí está. Este capitalismo no tiene nada que ver con el destino de esta población” (cf. E. J. HINKELAMMERT *La crisis del socialismo y el Tercer Mundo*, en “Iglesia Viva”, 157 (1992) 23)

⁸³ Documento conclusivo (No. 7) del III Simposio sobre Ética, Política y Economía, Quito-Ecuador, Septiembre de 2004.



seguido de los ataques del 11 de marzo de 2004 en Madrid-España, y del 7 y 21 de julio de 2005 en Londres-Inglaterra, ha provocado el paso de un clima de confianza y seguridad a un régimen de inseguridad y desconfianza que, a su vez, ha hecho pasar a la defensa, a la llamada “guerra preventiva” y al terror. Vivimos hoy una situación internacional de violencia, desasosiego e intranquilidad a nivel personal y social.

Debido al mismo fenómeno de la globalización en su aspecto cultural, a los medios de Comunicación social y de transporte, a las migraciones forzadas o voluntarias, al turismo internacional, a los desplazamientos poblacionales generados por la pobreza, la violencia y el terrorismo, el fenómeno del mestizaje cultural, con la crisis que él genera para la propia identidad cultural, es una referencia obligada en los análisis culturales hoy en día. Junto a esto está también el hecho de que, al igual que lo es nuestro planeta, América Latina y el Caribe se va haciendo un Continente multi-étnico, multi-lingüe y pluri-cultural.

La crisis religiosa -ocasionada por el sincretismo, la presencia cada vez más fuerte de las sectas, el progresivo avance de un fuerte secularismo y/o de la indiferencia religiosa, la presencia de las formas religiosas postmodernas, sobretudo la New Age, el esoterismo, y el culto a algunos aspectos corporales y de la naturaleza-, es también tema de análisis y reflexión en la América Latina de hoy por las consecuencias que estos fenómenos traen y por el debilitamiento cada vez mayor del sustrato católico de nuestro pueblo.

Otro fenómeno mundial, que afecta también a nuestro Continente y que desafía a la evangelización, es el hecho del actual modelo de las sociedades desarrolladas de consumo que se basa en una asimetría que condena a los países pobres a tener un papel periférico y un nivel de desarrollo limitado que, a la larga, es imposible de mantener por los desastres y problemas ecológicos que trae consigo y por el despilfarro de recursos que exige. Junto a este dato hay que agregar que la deprecación de la naturaleza no tiene precedentes en ninguna otra etapa de la historia humana. Es enorme la cantidad de productos químicos y desechos tóxicos que se arrojan al mar y a la tierra, o se lanzan al aire, causando una grave contaminación a todos los niveles, a lo que se suma el uso anárquico que los pobres han hecho de los recursos de la misma naturaleza presionados por su necesidad de supervivencia. Esta



situación ha provocado un verdadero desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta⁸⁴, poniendo en crisis la existencia misma de la humanidad. Estamos colocados ante un verdadero caos social y un posible cataclismo cósmico. Se trata de un verdadero “ecocidio” que se refleja, además de los datos mencionados, en otros hechos patentes⁸⁵: La destrucción progresiva e irreversible de la capa de ozono; el aumento alarmante del monóxido de carbono en la atmósfera, con el consiguiente sobrecalentamiento del planeta (el denominado ‘efecto estufa’); la contaminación ambiental global (atmósfera, ríos, mares, vertederos, junto con el problema de las basuras y la cuestión, ya mencionada, de la eliminación de los residuos nucleares); las lluvias ácidas, destructoras de los bosques; la contaminación sonora; la pérdida de la biodiversidad; la desertización progresiva; el agotamiento de las reservas naturales.

El fenómeno del narcotráfico y el consumo de drogas con todo lo que él encierra -violencia, tráfico de armas, grupos armados que se nutren del mismo, su influencia en la economía y en la política-, es una causa de constante desestabilización para algunos de nuestros países y, en general, para todo el Continente.

Otros elementos importantes que se dan hoy cita en la actual realidad Continental son, entre otros, los siguientes:

Todos los países del Continente, a excepción de Cuba, han alcanzado la democracia, pero ésta sigue siendo precaria y no suficientemente consolidada. Se presentan también, en algunos países, síntomas de ingobernabilidad y corrupción entre sus dirigentes. En otros países aparecen caudillos y políticas populistas que dificultan la integración continental, a la vez que el ejercicio mismo del poder es concebido como una industria de enriquecimiento de personas y grupos.

⁸⁴ Cf. *Novo Millennio Ineunte*. n. 51; también, *Ecclesia in America*. n. 25. Este mismo documento, en el numeral 56, califica la destrucción de la naturaleza como uno de “los pecados que claman al cielo”.

⁸⁵ Piénsese, por ejemplo, en las tremendas consecuencias y daños que para el ecosistema supone la tala de bosques, para el cultivo de la mata de Coca, y las fumigaciones, subsiguientes, que se hacen para erradicarla en algunos de los países de América Latina.



Las reformas educacionales que se intentan en uno y otro lado del Continente están más centradas en la adquisición de conocimientos que en la promoción de valores fundamentales.

Las familias pobres y la juventud, sobre todo de las periferias de las ciudades, viven abandonadas por el estado, sufriendo desempleo, falta de escolarización y de educación integral, amenazadas por la droga y la violencia, y con una falta casi total de perspectivas de futuro.

Los indígenas y afrodescendientes siguen siendo víctimas de marginación y de exclusión social.

Es todavía notoria la insuficiente generación de empleo con condiciones laborales y salarios justos.

En el fondo de todas estas situaciones que hemos mencionado, con sus ambigüedades, con sus contradicciones, y con su misma complejidad, emerge el rostro de tantos niños, de jóvenes, de adultos y de ancianos de nuestro Continente, con un anhelo profundo y una búsqueda incesante de justicia, de inclusión social, de paz, de libertad, de fraternidad, en una palabra, de felicidad. Muchos de ellos miran hoy a la Iglesia con ilusión y esperanza, solicitando una respuesta pastoral adecuada a sus anhelos. Seguramente que, en fidelidad a ellos y al evangelio que anuncian, estas situaciones serán asumidas por los obispos del Continente como tema de sus reflexiones en la V Conferencia, con miras a seguir construyendo el Reinado de Dios en estos comienzos del siglo XXI.

Conclusión

El camino recorrido nos ha mostrado la exuberante riqueza de la reflexión pastoral que los Obispos ofrecen al Pueblo de Dios peregrinante en América Latina y el Caribe. Quizás, a manera de conclusión, podríamos enunciar algunos elementos que recogen globalmente el camino pastoral trazado por la reflexión de los obispos en sus Conferencias generales:

1. Las cuatro Conferencias realizadas responden a una dimensión esencial del Episcopado como es el ejercicio de la colegialidad.



Los obispos de América Latina y el Caribe se reúnen para iluminar, desde la fe, el peregrinar del pueblo de Dios en nuestro Continente. Desde esta perspectiva, ellos han sabido aportar lo propio y peculiar de la Iglesia latinoamericana y caribeña, incorporando a la unidad católica la tradición propia del Continente⁸⁶.

2. Las reflexiones episcopales quieren ser respuesta a la escucha sensible de las inquietudes y anhelos del pueblo de Dios de América Latina. En ese pueblo y en su acontecer histórico ve el Episcopado las señales de Dios en el hoy de nuestra historia. Se trata de los “signos de los tiempos”. Podríamos decir que la lectura de ellos, en cada momento histórico, y el deseo de cada Conferencia de colocarse en continuidad con el Concilio Vaticano II, constituyen el hilo conductor de las tres últimas conferencias.
3. La vida cotidiana de la Iglesia y el compromiso evangelizador de sus miembros se ha mantenido en un diálogo permanente con las reflexiones hechas por las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y Caribeño. Dichas reflexiones, expresan y, a la vez, potencian la vida eclesial. De esta manera, la reflexión de los obispos y la vida concreta de la Iglesia se enriquecen mutuamente en un estrecho diálogo y sintonía pastoral.
4. Nuestros pastores han animado, a través de las cuatro Conferencias, la creación de una Iglesia con una especial vitalidad profética, viva y dinámica, que busca realizarse bajo modelos espirituales, pastorales y teológicos, aún inéditos en el contexto de la Iglesia universal.
5. La reflexión y la práctica pastoral de los obispos latinoamericanos y caribeños ha dado origen a todo un proyecto global de evangelización, que avalado por el Papa Juan Pablo II y propuesto para toda la Iglesia Universal aunque con características diversas para cada Continente, se ha denominado “Nueva evangelización”. Con

⁸⁶ El Episcopado latinoamericano y caribeño ha acogido la sugerencia del Decreto *Ad gentes* en su número 22: «Es, por tanto, de desear; más todavía, es de todo punto conveniente, que las Conferencias Episcopales se unan entre sí dentro de los límites de cada uno de los grandes territorios socio-culturales, de suerte que puedan conseguir de común acuerdo este objetivo de la adaptación».



este proyecto se quiere equipar a la Iglesia de un programa evangelizador capaz de responder a los retos y desafíos que la realidad impone al cristiano y a la Iglesia en el Continente.

6. A través de las reflexiones hechas por los obispos en las Conferencias Generales el concepto mismo de la evangelización se ha visto enriquecido. Se ha superado un concepto quizás un poco estrecho y restringido de la evangelización, como sola promoción de la fe, insertando en el interior de la misma, las tareas, profundamente teológicas, de promover al hombre e inculcar el Evangelio. Evangelizar ciertamente que es anunciar la persona, vida, predicación, milagros, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, pero ella toca, según nuestros pastores, muy directamente tanto la promoción de todo el hombre y de todos los hombres así como la necesidad de que ese anuncio sea siempre inculturado.
7. Por último, hay que señalar los aportes y el significativo rol que ha jugado el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) -creado en 1955 en la Conferencia de Rio de Janeiro-, en el trasegar de la Iglesia y la reflexión episcopal en América Latina y el Caribe. Este organismo ha estado al servicio y ha apoyado la afirmación de esa identidad eclesial que ya es propia de la Iglesia en el Continente. Él ha tenido la tarea de favorecer y animar la reflexión, el diálogo e intercambio, la comunión y la solidaridad entre las diversas Conferencias episcopales y, como tal, ha promovido y favorecido la implementación de líneas comunes en el campo pastoral, lo que, a su vez, ha facilitado reuniones, organizaciones, proyectos y acciones conjuntas en todo el Continente. La misma organización, preparación y realización de las Conferencias Generales, la ha confiado el Papa a esta institución. Es invaluable el servicio que este organismo ha prestado a las diversas Conferencias Episcopales en estos casi 50 años de existencia, además del admirable y valioso esfuerzo de animación, de reflexión y de formación teológica y pastoral que el mismo CELAM, a través de su Instituto de teología y pastoral para América Latina- ITEPAL, ha prestado a obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos en el Continente⁸⁷.

⁸⁷ Se cuentan ya por miles los agentes de pastoral que, pasando por diversos cursos, se han preparado teológica y pastoralmente en el ITEPAL.